



Justo de la Cueva Alonso

Esas madres vascas

Tiene el pelo blanco. Y unos ojos brillantes, animados, jovencísimos. Y una voz cantarina, musical y animosa. Y a medida que pasan, sin sentirlos, los minutos en la luminosa y reluciente cocina de su casa de Lakunza, tu vas sintiendo, al mirarla y escucharla, un respeto y un cariño acrecentados por esa madre inequívocamente vasca que está desayunando. Hay en ella una serenidad como de acero. Una integridad rotunda que se trasluce en derredor suyo como un aura porque se palpa en el ambiente con solo verla que es un ser humano auténtico, genuino, personal, irrepetible. Que no está «fabricada en serie» como tantos y tantos tristes muñecos masificados y sumisos que, ilusos, todavía se creen que son hombres o mujeres cuando de verdad solo se han quedado en torpes títeres de sus dominadores. Tiene, hace ya años, un hijo en la cárcel. Ahora en la horrenda de Puerto. Y se te ponen los pelos de punta y galopantes los pulsos cuando notas la escalofriante sencillez con que expresa su alegría y su orgullo cuando habla de su hijo al que hace casi un año que no ha podido ir a ver. Hay soberana elegancia en la sobriedad de la expresión de su afecto. Pero el amor profundo, inextinguible, por su hijo brilla como el acero al rojo blanco en sus gestos, en sus ademanes. Y su orgullo. Su orgullo por su hijo y por la lucha de su hijo. Al despedirte de ella, camino del EGIN EGUNA, tu corazón vuela al compañero que resiste el inútilmente salvaje trato de la máquina nazi-fascista de la cárcel de Puerto. Y sabes que solo los tropes y groseros enemigos serían incapaces de entender que le envidies. Porque fraternal envidia es lo que sientes de un compañero que con su vida y con su lucha ha sido capaz de hacer sentir a su madre esa alegría y ese orgullo por su hijo que tan luminosamente han advertido en esa madre vasca de Lakunza...

Hace calor. El abarrotado salón de sesiones del Ayuntamiento de Estella es un horno. Y en el aire de la Asamblea popular, que se celebra luego del Pleno, se puede cortar con un cuchillo el ambiente denso de humo de tabaco y de emociones. A dos metros de tu cara rebrillan las mejillas, tersas, de una mujer morena. Y arden como carbúnculos, como rubíes, sus ojos. No está llorando. Ni se le quiebra la voz. Está restellando como un látigo el relato de su indignación por el trato que los guardias civiles de guarnición en Estella le han dado, soeces y brutales, cuando protestaba por lo que le estaban haciendo a su hijo. Está contando con palabras directas, concretas,

sencillas y eficaces una terrible y concreta historia. Está describiendo hechos, repitiendo frases escuchadas, rememorando los gritos atroces oídos de su hijo. Está diciéndonos como una alimaña bipeda le ha amenazado con «darle una patada en el coño» si no se retiraba los metros suficientes para dejar de oír gritar a su hijo. Una alimaña bipeda sin duda gemela de la que al día siguiente felicitara en Iruña a un pariente con atroz sarcasmo al decirle «den gracias de que se han llevado sus chicos a Madrid, porque aquí no nos hubieran durado mucho». Hay un sordo, soterrado, rumor que hace de fondo mientras esta mujer habla. Crujidos de dedos que se cierran en puños, ruidos de alientos de gentes que respiran con fuerza, mandíbulas que se encajan con rabia, manos que aprietan rodillas bloqueando los nudillos. Un concejal, médico de profesión, ha diagnosticado en el Pleno anterior a la Asamblea que esos guardias civiles han actuado como psicópatas, como psicóticos. Que sus comportamientos en este caso están descritos en los manuales de Medicina como los típicos de individuos que necesitan urgente reclusión en clínicas psiquiátricas. La madre que habla, joven aún en una florida cuarentena, no sabe —es obvio— Medicina. Pero sabe de dignidad humana y que ella y su hijo son personas. Y reivindica con firmeza su derecho imprescriptible a su dignidad. Rechaza con valor doblegarse, plegarse, acoquinarse ante la fuerza bruta, ante el brutal desmán. Su denuncia rotunda y bravia no es una queja sollozante y lastimera de una piltrafa humana aplastada por el pánico. El Terrorismo de Estado, el pánico querido y provocado, han fallado con esta mujer, con esta madre.

Sus palabras han conmovido a la Asamblea. Su denuncia pública ha galvanizado la solidaridad. La acción de esta madre ha quebrado la eficacia disuasora de la «acción de castigo», ha embotado el filo de ese acto de Terrorismo de Estado. Pretendían sembrar el pánico. Sólo han conseguido la ausencia cobarde de un alcalde. Y han cosechado odio y resolución para resistir...

Tengo miles de razones para estar seguro de que estamos ganando, para estar seguro de la victoria que ya alumbró del pueblo trabajador vasco. Pero si alguien me forzara a escoger el signo más claro, el síntoma más infalible de esa victoria, sin duda que diría: ved a las madres vascas. Ved como luchan, ved como respaldan, alientan, amparan, defienden a sus hijos e hijas que luchan.